

## DOMINGO DE PETECOSTÉS 2020

Hoy celebramos el cumplimiento de la promesa hecha por el Señor a los Apóstoles, “no los dejaré solos”, no los abandonaré, estaré con ustedes hasta el final de los tiempos... Pentecostés es uno de los cinco grandes acontecimientos de la Historia de la Salvación: la creación, la encarnación, la resurrección, envío del Espíritu Santo y la Segunda venida que aún esperamos.

La venida del Espíritu Santo sobre la comunidad tiene lugar en Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua. Pentecostés o fiesta de las semanas era una de las celebraciones judías más importantes, dedicada a recordar la estancia en el monte Sinaí. Allí, con un gran despliegue de ruido y fuego, Dios hizo alianza con las Doce tribus y les dio la Ley, para hacer de ellos el Pueblo de Dios. Aquel Pentecostés quedó como una figura profética que ahora se cumple en plenitud. En un día como aquel, con ruido y fuego, Dios forma un nuevo pueblo, el que no está constituido solo por las doce tribus, sino por todas las naciones de la tierra, unificadas como pueblo de Dios no por la Ley, sino por el Espíritu. Ese pueblo es la Iglesia, a la que por un designio de amor, hemos llegado a formar parte. Somos el pueblo de nueva alianza.

El Espíritu consolador, que estuvo presente en su ministerio y que Jesús entregó en el calvario, es ahora quien va a dar vida y poder a los discípulos para continuar el ministerio de Jesús: como el Padre me envió, así los envió yo. Reciban el Espíritu Santo. Cumplida ya la hora y luego de ser bautizados con Espíritu Santo y dotados con el don de la paz, los discípulos reciben el encargo de continuar la misma misión de Jesús, así como lo fue el cordero de Dios, ellos son enviados a quitar y perdonar los pecados del mundo: a quienes perdonen los pecados les quedan perdonados, a quienes se los retengan les quedan retenidos.

Pablo, en la segunda lectura, nos ofrece algunos principios sobre el origen y la finalidad de los carismas en la Iglesia. Dios que es uno, concede la manifestación de múltiples dones mediante su Espíritu a quien cree en Jesucristo para edificación de su Cuerpo. Dios distribuye estos dones no en razón de méritos personales o para el prestigio de algunos, sino para alimentar la oración y la comunión en la Iglesia.

Si los judíos en Pentecostés celebran la fiesta de la alianza, para los cristianos es la fiesta de la nueva alianza, sellada con el Espíritu. Si en Babel se produjo la dispersión de la humanidad por la confusión de lenguas, ahora es el Espíritu quien realiza la reunificación porque todos se entienden. Si hoy alguien nos dijera, si has recibido el Espíritu Santo ¿por qué no hablas en todas las lenguas? Debemos responderle: Es cierto que hablo todas las lenguas, porque formo parte del Cuerpo de Cristo, es decir de la iglesia, que habla todas las lenguas. ¿Pues, qué otra cosa quiso dar a entender Dios por medio de la presencia del Espíritu Santo, sino que su Iglesia hablaría en todas las lenguas?

El Espíritu Santo está presente en todo este proyecto salvífico de Dios. El Espíritu está presente en la vida de toda persona y en la vida de la Iglesia pero a veces pareciera el desconocido de nuestra fe. Él obra todo en forma oculta: dona la alegría, la paz, el amor, nos hace vivir como resucitados. El Espíritu Santo lo hace todo pero no se ve. Se pueden ver sus efectos. Sin él vivimos una doble vida: cristianos en palabras, mundanos en hechos. El Espíritu Santo no es una cosa abstracta, es una Persona que nos cambia la vida, como les sucedió a los Apóstoles, todavía temerosos y encerrados en el cenáculo. Nos convertimos en hijos de Dios y hermanos entre nosotros gracias al Espíritu.

El Espíritu Santo será quien tome la iniciativa y dé impulso decisivo para que el Evangelio sea anunciado a los paganos y se extienda por todo el mundo. Como sucedió en tiempo de Jesús, la multitud queda admirada cuando ve la comunidad que actúa bajo la acción del Espíritu; sin embargo, al igual que en el tiempo de Jesús, los que no están dispuestos a creer, se burlan.

El Espíritu crea unidad en la diversidad. La división entre los cristianos es uno de los grandes escándalos que aleja a muchos de la fe. El diablo divide, mientras que el Espíritu Santo hace que los discípulos sean un pueblo nuevo.

Cómo es de importante vivir en esta hora la comunión. Los fieles católicos debemos trabajar por la unidad y la comunión. Decimos que la Iglesia es Una, pero a veces uno cree de una manera y el otro de otra, a uno le interesa aquello y rechaza lo otro, el uno practica una cosa y otro algo diferente, que uno acepta al Papa, el otro no está de acuerdo con él. Cristo no tiene sino un solo cuerpo.

Necesitamos estar unidos para poder enfrentar juntos la realidad que vivimos, para enseñar el Evangelio de la esperanza a tantos que se encuentran solos y desilusionados en su existencia, para acompañar a los que están tristes y agobiados. El Espíritu Santo es el dulce huésped del alma porque no nos incomoda, respeta nuestra libertad. Él transforma profundamente los corazones, cuando se abren a él. Nos impulsa a amar la vida, la misma libertad, las relaciones interpersonales.

En esta celebración de Pentecostés dejemos oír la voz del Señor que también nos dice: reciban el Espíritu Santo. Los discípulos estaban con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Hoy, y en otras circunstancias, estamos con las puertas cerradas por miedo a un virus invisible que toca a nuestra puerta. Señor, hoy necesitamos la fuerza superior de tu Santo Espíritu para que ilumine a los investigadores y científicos para que puedan encontrar el modo de contrarrestar este mal.

La Palabra de Dios y la experiencia de este tiempo nos siguen interpelando. Estamos finalizando el tiempo pascual. Hemos vivido una cuaresma, una Semana Santa y un tiempo pascual, diferentes, extraños. Esta experiencia que estamos viviendo nos está pidiendo cambiar nuestro chip, tal vez necesitamos, usando

términos de hoy, ser reseteados. No saldremos de esta situación sin una solidaridad profunda, sin el compromiso de todos.

Mucho se ha dicho que después de esta contingencia el mundo y la vida no serán iguales. Y seguramente así será. Pero que no sea sólo porque los niveles de pobreza van a crecer, el desempleo se va a disparar, la polarización política se va a fomentar y otros tantos males que, como negros nubarrones parecen asomarse en el horizonte. Este tiempo nos lo está permitiendo el Señor para que vayamos a lo esencial, pues nos hemos entretenido en muchas cosas superficiales y accidentales. Es un tiempo para reconocer que lo fundamental no es el consumismo, acumular bienes sin límites y no compartir con los más necesitados.

Necesitamos la fuerza del Espíritu para que de esta contingencia sea una oportunidad para revertir positivamente tantas situaciones que no han estado bien en nuestras vidas. Tenemos que aprovechar esta oportunidad para operar cambios profundos en nuestra vida y en nuestra sociedad.

Este es un tiempo para comprender que lo importante es la persona humana en su dignidad integral. Que no sólo de pan vive el hombre, sino que necesita de una vida espiritual intensa, puestos todos en las manos del Creador, aceptando a Jesucristo como nuestro Redentor y permitiendo que la acción del espíritu Santo recibida en nuestro Bautismo y en nuestra confirmación nos lleve a un verdadero compromiso de amor y fraternidad.

Este es un tiempo para reconocer que lo importante no son las noticias sobre cómo está la bolsa de valores, si Messi es mejor que Ronaldo, si James tiene mejores ofertas, o el cantante de moda se enamoró de otra pareja. Este es un momento para buscar caminos que nos hagan más sensibles ante los que sufren y crearles mejores condiciones de vida.

Que el Espíritu divino nos ayude a cambiar el egoísmo en solidaridad y compromiso de servicio; el orgullo y la soberbia por la sencillez, la humildad y la capacidad de asombro ante lo pequeño; para cambiar la codicia en equidad y justicia social; la violencia y el odio en gestos de paz y reconciliación. La indiferencia en espíritu de acogida y respeto por el otro.

Que el Espíritu Santo nos conceda el don de **sabiduría** para poder discernir y escoger lo bueno y desechar lo malo; el don de **entendimiento** para comprender la voluntad de Dios en nuestras vidas; el don de **consejo** para poder llevar alivio y consuelo a quienes andan extraviados, desanimados, angustiados o desesperados; el don de **ciencia** para saber reconocer en su obra creadora lo que necesitamos y ponerla al servicio de los demás; el don de **piEDAD** para saborear y vivir las cosas de Dios con verdadera unción y espíritu de fe; el don de **fortaleza** para no sucumbir ante los peligros, tentaciones, persecuciones y pruebas; el don de **temor de Dios**, para preferirlo antes que el mundo y sus atractivos.

Nos hace bien repetir en nuestro interior muchas veces lo que escuchamos en la secuencia: entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquecenos, mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro. Mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero. Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos. Salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

María, Madre de la Iglesia, modelo de obediencia a Dios y que estuvo presente en el cenáculo junto con los discípulos en la espera del Espíritu Santo, interceda por todos, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

**+ Gabriel Ángel Villa Vahos**  
Arzobispo de Tunja